
Alberto del Campo

Nació en Montevideo el 9 de setiembre de 1921. Comenzó su formación filosófica en la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, trasladándose posteriormente a España para completar sus estudios en el Instituto de Humanidades fundado por Ortega y Gasset; también estudió filosofía en la Universidad Complutense de Madrid y en el Seminario de Xavier Zubiri, de quien fue discípulo y amigo. Hasta su regreso a Montevideo contribuyó con la revista *Realitas*, editada por el Seminario de Zubiri. Se desempeñó como Agregado Cultural y –luego de ingresar a la carrera diplomática- Secretario de la embajada uruguaya en Madrid. Ejerció el periodismo en Radio Nacional de España, destacándose también en el área de periodismo científico, colaborando para diversas revistas médicas y la Agencia EFE.

Diálogo con Alberto del Campo

Mónica Salinas: ¿Cómo era la España que usted conoció?

Alberto del Campo: La España que yo encontré en el año '49 era la España de la posguerra. Cuando llegué por primera vez a Madrid, ya estaba bastante reconstruido, habían hecho un gran esfuerzo para volver a poner de pie muchas cosas. Gente que había llegado antes que yo, en el año '40, me decía que, en aquel entonces, muchos barrios estaban absolutamente destruidos, y que de muchas casas sólo quedaban las fachadas, en el interior no había absolutamente

nada. Era un espectáculo horrible, dantesco. Algunas construcciones quedaron intactas, por supuesto; otras no. El puente de los franceses es un puente histórico; todavía tenía en mi época (supongo que seguirá teniendo) los impactos de las balas de la época de la guerra.

Otros edificios estaban intactos, por ejemplo la Casa de las Flores, emblemática en Madrid porque allí vivieron grandes intelectuales de la generación del '27. Entre otros García Lorca, Neruda, Montesinos. Yo tenía una gran simpatía por esa casa que hizo el arquitecto Zuazo.

Un día conocí a su hija, le pregunté si sabía de la poesía que Neruda había escrito sobre esa obra de su padre, y me dijo que no. Claro, en la España de aquella época había una censura bastante fuerte. Yo diría que una censura doble, no sólo oficial sino además eclesiástica; es decir, eran dos censuras. Además, es comprensible que la gente de allí no supiera estas poesías, que a mí me gustaban mucho. Los primeros versos dicen así:

“Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
como un océano de cuero.
Mi casa era llamada
la casa de las flores, porque por
todas partes
estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos.
¿Raúl, te acuerdas?
¿Te acuerdas, Rafael?
¿Federico, te acuerdas
debajo de la tierra,
te acuerdas de mi casa con
balcones en donde
la luz de junio ahogaba
flores en tu boca?”

Así decía un poema de Neruda, que incluía estos versos sobre la Casa de las Flores. Siempre me gustó mucho y muy poca gente en Madrid,

por estas razones que le digo, lo conocía en aquella época.

Algunos barrios de España habían quedado semidestruidos; otros no. Pero no sólo era eso, sino que había sido una guerra civil, y eso es muy importante porque la guerra civil es mucho más cruel que la guerra con otro país; en ese caso, los enemigos son extranjeros y no tienen nada que ver con uno. Pero la guerra entre hermanos es muy cruel. Quedaron las familias separadas, hermanos contra hermanos, padres contra hijos, es decir, fue muy duro. Y yo conocí muchas de esas personas que realmente me dejaban asombrado por las historias que me contaban.

Madrid y toda España habían decaído mucho por causa de la guerra. Padecían escasez, la comida estaba racionada y había mucha pobreza. A mí me daban mucha pena los niños pobres, como aquí.

Conocí yo en Madrid a José Luis Ochoa, un diplomático español que vivió en Buenos Aires y me contó que él pensaba que nunca iba a tener una misión tan importante como la que tuvo en Argentina. ¡Su misión era conseguir trigo porque si no España se moría de hambre! Hasta que consiguió -vamos, no sólo mi amigo, supongo que mi amigo y empezando por el embajador todos los demás- un embarque de trigo de

Argentina hacia España, que Perón le mandó a Franco. Eso describe en parte la situación que había entonces en España.

MS: ¿Qué intelectuales conoció en aquel Madrid de la posguerra?

AC: Cuando yo llegué a Madrid aún vivían dos representantes de la generación del '98: Pío Baroja y Azorín (José Augusto Trinidad Martínez Ruíz). Ya habían muerto casi todos los demás: había muerto Unamuno, había muerto Antonio Machado; quedaban esos dos. Azorín no me interesaba demasiado, pero Pío Baroja sí me interesaba y bastante. Yo tenía ganas de conocerlo personalmente. Conocía a un sobrino suyo, un etnógrafo, que andando en el tiempo se hizo muy famoso por sus estudios sobre el pueblo de España, sobre todo sobre los pueblos vascos, porque él era vasco, como su tío. Entonces yo le dije a Julio, el sobrino, que me gustaría mucho conocer a su tío. Él me dijo: “eso es muy fácil, porque tal día de la semana -que no recuerdo bien si era jueves o miércoles- mi tío recibe a todo el que le vaya a visitar. A todos”.

En efecto, fui a su casa. Él vivía en la Avenida Alfonso XII, que queda frente al Retiro. Un piso muy bonito, con un paisaje estupendo. Cuando llegué la puerta estaba

entreabierta, como invitando al desconocido visitante a que entrara. Entré. Me encontré a Baroja sentado en lo que se llama en España una “mesa camilla”, y me le presenté. Él estaba con su boina de vasco puesta. Muy agradable. Me hizo sentar y, casi sin más preámbulo, me hizo una pregunta. Seguramente había sabido algo de mí a través de su sobrino, quien le habría avisado que yo le iba a visitar. Esto lo deduzco porque me dijo que Zubiri estaba escribiendo un libro de mil páginas sobre Dios. Y entonces añadió: “pero fíjese usted qué ocurrencia, escribir mil páginas sobre una cosa que nadie vio. Si ese hombre se pusiera a escribir sobre la sierra de Guadarrama, ¿cuántas páginas sería capaz de escribir?” Porque desde Madrid se ve muy bien la sierra de Guadarrama.

Baroja no le tenía ninguna simpatía a Zubiri, y Zubiri tampoco a él. No sé qué habría pasado entre ellos, porque tenían cierto parentesco lejano; los dos eran de San Sebastián. Zubiri me habló de Baroja, me contó que en la época de la guerra los dos estuvieron desterrados en Francia, más bien exilados en la ciudad universitaria, y allí vivían juntos. Eran más o menos vecinos en la Casa de España de la ciudad universitaria de París. Me contó que en aquel momento se había decidido en Francia suprimir las visitas a la pena de la guillotina.

Es decir, hasta ese momento era libre la concurrencia a aquel espectáculo horroroso; la gente iba a ver cómo degollaban a los asesinos. Era así, les cortaban la cabeza. Pero a partir de entonces, ya no iba a ser pública. Me comentó Zubiri que Pío Baroja se puso desesperado porque se anunció la última ejecución pública, y removió cielo y tierra para conseguir una invitación a ese triste espectáculo. Fíjese qué mala impresión le causó eso a Zubiri.

MS: ¿Cómo era el ambiente madrileño de la época?

AC: En Madrid quedaban las huellas no sólo físicas sino también morales de la guerra, y creo que eso en gran parte se debió a que en aquella época se había extendido mucho la creencia antirreligiosa. Manuel Azaña, uno de los presidentes de la segunda República española, era muy antirreligioso, y de ahí surgió ese ambiente contrario a la religión, que fue creciendo de una manera tremenda hasta que comenzó lo que se llama en España “la quema de los conventos y de las iglesias”, que en verdad ocurrió. Creo que fue un gravísimo error de Azaña, porque produjo un rechazo muy grande entre los católicos; me acuerdo de que hace tiempo Roberto Ibáñez, hablando de España, decía: “Azaña tenía razón cuando decía que España

había dejado de ser católica”. Puede ser, no lo sé, pero lo que sí sé es que no era anticatólica. Puede ser que mucha gente hubiese perdido la fe, pero eso no quiere decir que se ensañara contra la Iglesia Católica. Son dos cosas muy distintas. Y creo que fue un error muy grande de Azaña y de su gente, de su gobierno, e impidió que muchos cristianos fueran republicanos.

MS: Volvamos a los intelectuales. Usted conoció a Ortega y Gasset...

AC: Entre la generación del ‘98 y la del ‘27 hubo un espacio vacío, digamos así, que ocupó fundamentalmente Ortega y Gasset. Ortega había fundado, por el tiempo que llegué a Madrid, un Instituto de Humanidades. En ese Instituto se daba un curso largo que duraba todo el año, y se mantenían también lo que llamaban “los coloquios”, en donde el público en lugar de asistir a una conferencia, asistía a un diálogo entre cuatro o cinco personas. Era interesante, porque allí no sólo se escuchaba el discurso de cada cual, sino también las reacciones espontáneas cuando le decían algo a uno, y lo que le contestaba otro. Era una manera de conocer muy bien a los que intervenían en ese coloquio. Mucho más de lo que se puede conocer de un señor que da una conferencia.

Ortega era un hombre pequeño, cabezón, más bien feo -diría una mujer-, pero cuando aquel hombre empezaba a hablar se transformaba. Era un mago de la palabra. Tenía un dominio del idioma como pocas veces he visto. Creo que nunca había oído hablar a alguien tan bien como hablaba él. Otra cosa son las ideas que exponía, eso es distinto. Él era un hombre conservador, sobre todo políticamente conservador. Pero no era franquista. Es decir, él volvió a España cuando vivía Franco, a diferencia de muchos que no quisieron volver. Pero Ortega volvió a España y fundó ese instituto que no duró mucho porque, aunque él era un hombre de una enorme popularidad –debido a que su escritura, su estilo, tenía un gran atractivo-, tuvo tropiezos con gente del Gobierno que quería hacerle la vida imposible y creo que lo logró. Así, a los tres años de haber estado en España, se hartó y se fue a Alemania; allí creo que enfermó. Volvió de Alemania ya para morir. Murió muy cerquita de donde Uruguay tenía la embajada en Madrid, en la calle Juan Bravo.

MS: ¿Cómo era la relación entre Ortega y Zubiri?

AC: Tenían buena relación, en un comienzo. Cuando Zubiri vino del País Vasco a estudiar a Madrid fue a conocer a Ortega e hizo muy

buenas relaciones con él. Pero después, diferencias de tipo filosófico y doctrinarias les fueron separando. Creo que esa amistad nunca murió del todo, pero sí se debilitó mucho. Precisamente, unos pocos días antes de morir me dijo Zubiri: “yo nunca fui orteguiano”; es decir, filosóficamente no quería saber nada con Ortega. Eran como dos mundos distintos, y le fastidiaba mucho que la gente -o que mucha gente- lo pusiera en el campo orteguiano. Le molestaba mucho porque no era verdad. Él, de orteguiano no tenía nada, filosóficamente hablando. Pero la amistad, creo que nunca se perdió, a pesar de esa separación, digamos, teórica, doctrinaria.

MS: Usted conoció a muchos exponentes de la generación del '27. Por favor, cuéntenos esa experiencia.

AC: Por razones de edad, era gente que yo conocía. De la Generación del '98 sólo conocí a Baroja; pude haber conocido a Azorín pero no me interesaba. Muchos de la Generación del '27 habían emigrado y otros habían muerto. El principal fue Lorca, que murió en circunstancias muy trágicas, como es conocido: lo fusilaron. Yo tuve la oportunidad de conocer a Luis Rosales, un poeta español, granadino, dueño de la casa donde García Lorca fue a refugiarse. Vivía entonces en casa de Rosales

cuando estalló la revolución. Y dicen que García Lorca tenía mucho miedo, y en verdad con razón; los hechos demostraron que tenía motivos para tener miedo. Cuando lo fue a buscar la policía a casa de Rosales él se resistió, no quería entregarse, pero las hermanas de Luis Rosales insistieron mucho en que se entregara, y le decían que no le iba a pasar nada. Esas cosas que tienen las mujeres cuando pecan de demasiado optimistas. En aquel ambiente era muy peligroso. Se lo llevaron preso. Las hermanas de Rosales le mandaron un mensaje al frente de batalla -porque no estaba en ese momento en casa, sino en el frente de batalla, contando lo que había ocurrido-, y Rosales volvió todo lo más deprisa que pudo, pero cuando llegó ya era tarde, lo habían fusilado. Pienso que por más prisa que se hubiese dado, nunca lo habría logrado, porque lo mataron casi enseguida. Lo mataron de rabia.

Este cuento de Rosales no me lo hizo personalmente a mí, sino que lo hizo una noche en la Universidad de verano de Santander. Había unos cursos en la Universidad de verano e iban estudiantes y profesores, iba de todo allí a escucharlos. A mí me habían invitado a vivir unos días en la Universidad de verano, y allí, una noche Rosales empezó a contar los últimos días de García Lorca, que fue esta historia tan triste que acabo de contar.

Otra gran figura de aquella época que tuve el agrado de conocer fue a Dámaso Alonso. Era poeta, pero también y fundamentalmente era un gran crítico literario. Un día estuve en su casa; recuerdo que tenía una biblioteca gigantesca y era tan grande como la de Zubiri. Me contó “don Dámaso” -como le decían en Madrid- sobre García Lorca, y entonces esto me da motivo para seguir hablando de él. Me dijo que fue un poeta muy original, pero que al final de su trayectoria fue evidente la influencia que ejerció el surrealismo en su literatura.

Otro gran intelectual de aquella época que conocí fue Antonio Tovar, también de la Generación del ‘27. Era un hombre que había acumulado un saber filológico y lingüístico enorme. Muy agradable, de una sabiduría que apabullaba. Un día le pregunté cuántos idiomas había estudiado y me dijo que unos cien. Quedé un poco asombrado y me dijo: “No, no; los grandes filólogos de comienzo de siglo XX y de la última mitad del siglo XIX, algunos llegaron ¡hasta doscientos idiomas!”. Este gran filólogo era un verdadero sabio. Sin embargo, lo que tuvo de más interesante quizá no fue su sabiduría lingüística, sino que fue traductor de la famosa entrevista de Franco con Hitler hacia el año ‘40. Recién terminada la guerra española, Hitler citó a Franco en

Hendaya, en la frontera de Francia con España, para reunirse allí. Franco llevó a aquella entrevista, que era tan importante, tres traductores, y uno de los que llevó fue Tovar. No me lo contó el mismo Tovar, ni tampoco le pregunté directamente nada, aunque le hubiese visto en su casa como veinte veces; no le pregunté nada porque me parecía un asunto políticamente muy delicado. Pero mi gran amigo Xavier Zubiri había estado con Tovar en una reunión de amigos, y me contó que inesperadamente -y un poco sorprendentemente-, Tovar había empezado a hablar de aquella entrevista con bastante libertad, sin cuidarse mucho de lo que decía, que era importante porque Franco vivía en aquel momento, y estaba hablando de algo que no sé si le hubiese gustado a Franco. Contaba que en un momento de la entrevista, Hitler estaba muy empeñado en que España ingresara a la guerra. Como expliqué antes, España estaba semidestruida y no podía ingresar ni en esa guerra ni en ninguna otra. España estaba muy mal, de hombres, de armas, de todo. Pero Hitler estaba empeñado. Franco se resistía a decirle que sí, no quería. Hasta que se le ocurrió decirle a Hitler: “Porque yo vencí al comunismo, y para mí, mi lucha ya ha terminado, porque ya vencí al comunismo”. A Hitler le pareció una petulancia enorme; se puso furioso y le dijo “*¡idiot!*” En

alemán se dice igual que en español, pero sin la “a”. Contaba Tovar que Franco aprovechó la ocasión para ponerse de pie y se fue. Entonces, dijo Tovar en aquella reunión donde asistía Zubiri, que cuando Hitler le dijo “*¡idiot!*” a Franco no hubo necesidad de traducirle: las palabras en español y alemán eran bastante parecidas.

MS: ¿Cuándo conoció a Zubiri? ¿En qué circunstancias?

AC: Cuando llegué a España Zubiri ya era una persona muy famosa. Tenía una enorme fama de gran intelectual. Tuvo muchos problemas con la Iglesia, porque se casó. Era sacerdote pero el Vaticano, sorprendentemente, le dio permiso para que se casara. En muchas ocasiones, la Iglesia permite que hombres casados se ordenen sacerdotes, pero no al revés, que un sacerdote se case. Y eso fue algo sorprendente. Pero él tenía muchos problemas; quizás el más importante era que el ingreso a la Universidad de Madrid le estaba prohibido. Porque decían ¿cómo va a enseñar vestida de civil una persona que enseñó allí antes vestida de sacerdote? Entonces, sus amigos le organizaron unos cursos privados donde había que pagar una cuota. Me contaba el cobrador que quien pagaba más era el torero Domingo Ortega, aunque no asistía. Él contribuía con esa

cuota, pero pensaba que ese no era su lugar; por consiguiente, no iba al curso. Sin embargo, pagaba todos los meses 500 pesetas, aunque la cuota era de 100.

Al final de un curso que dio Xavier, le pedí una entrevista. Me dijo que sí, que le llamara por teléfono; le llamé y le fui a ver. Le hablé mucho del curso que había dado; eso le gustó por lo que yo le preguntaba, y porque decía que le había entendido bastante bien. Era un hombre muy difícil de entender, entre otras cosas, porque hablaba a una velocidad increíble. Un día le dije: “mire profesor, usted habla demasiado rápido y es muy difícil seguirlo; si pudiese hablar más lentamente nos haría un gran favor a todos”. Y él respondió que se lo han pedido muchas veces en la Universidad de Madrid, desde joven. De manera que lo daba por imposible. Como digo, le fui a ver a la audiencia aquella y Xavier me trató con mucho afecto. Ahí nació una muy buena amistad entre los dos.

Me ayudó mucho, no sólo intelectualmente sino también, digamos, personalmente. Entre otras cosas, me recomendaba que me casara; me decía: “tú, ahora, tienes muchas oportunidades, quizá no todas muy recomendables, pero tienes esas oportunidades, pero cuando tengas mi edad lo que te

gustará será quedarte en tu casa. No te gustará tanto salir y andar callejeando, te gustará quedarte en tu casa, entonces, tienes que casarte. Yo no digo que te cases con fulana o con mengana, no, pero... te tienes que casar, con quien quieras, pero tienes que casar”. Me lo decía como una recomendación, sentía la obligación de decírmelo porque pensaba que cuando llegara a viejo, yo iba a estar muy solo. Además, él conocía la soledad, y la soledad del extranjero, que sufrí bastante en Madrid. Porque el extranjero, en un país donde no conoce a nadie, está necesariamente sólo, y eso es muy duro. Recuerdo que un día Xavier me preguntó dónde había pasado el fin de año o la Navidad (no me acuerdo) y yo le dije que en mi casa, solo. Le chocó mucho esa situación porque él había vivido exactamente lo mismo en Alemania, en Berlín; me contó que una noche de Navidad, creo, estaba absolutamente sólo en el hotel donde se alojaba, no conocía a nadie. Pidió una botella de champán; no sé si se la tomó toda, un sorbo, la mitad, no sé, pero pidió una botella para pasar aquel momento tan difícil de estar solo en una fiesta importante. La soledad es muy dura. A partir de entonces, empecé a visitarlo con enorme frecuencia. Yo iba todos los fines de año y la Navidad, primero solo y después con Hortensia, mi mujer.

Además de las veces que me citaba a su casa para hablar de filosofía o por otro motivo cualquiera, a veces me citaba incluso cuando le llegaba algún tipo pesado desde el extranjero, que le daba mucha pereza atender. Entonces me llamaba también para que la reunión no fuera tan pesada. He ido muchas veces a casa de Xavier, solo y con Hortensia. Días pasados, ella dijo -no sé de dónde sacó la cifra- que debe de haber estado como sesenta veces en su casa.

Lo cual dice de la amistad tan íntima que llegamos a tener. Una amistad muy entrañable. Yo le quise mucho; era un hombre muy agradable, muy simpático. Y con esa facilidad de palabra, que empezaba a hablar y todo el mundo se callaba. No sólo por lo que contaba sino también por el modo cómo lo contaba. Fue un hombre excelente. Lamentablemente, murió por causa de un cáncer repentino -allá por el año 82-83, no recuerdo bien.

Me contaron que el último día lo llevaron al Sanatorio de la Concepción en Madrid, en ambulancia. Lo dejaron solo allí, y el enfermero que lo atendía le dijo: “Le han dejado solo, Don Xavier”... “Se vive, se nace solo y se muere solo”, fueron quizá sus últimas palabras. Yo le quise mucho; tengo el honor de considerarme un buen amigo suyo. Volví a Uruguay después que él murió, en el 83.

MS: ¿Y con cuál de los intelectuales de la época tuvo más trato Zubiri?

AC: Zubiri era muy solitario y, por decirlo así, no tenía conversación con nadie. Un día me dijo: “Yo estoy absolutamente solo”. Creo que durante mucho tiempo su único amigo fui yo. Después no, porque cuando empezaron sus cursos y su seminario en un local que pertenecía a un banco, en lo que se llamaba en Madrid “la Casa de las siete chimeneas”, allí comenzó la amistad con otros alumnos. Intervinieron otros, y yo ya no fui el único. Pero durante mucho tiempo sí, creo que fui el único, y él me lo decía. “Yo, con el único con quien hablo es con éste”, me dijo un día en una reunión, en una especie de homenaje que le habían hecho los sudamericanos que asistían a sus cursos. No recuerdo cómo salió la conversación, pero Xavier dijo: “yo, con el único que hablo es con éste”, señalándome con el dedo, y el brazo estirado apuntó a mí. Causó sensación, porque nadie sabía que yo tenía una amistad tan estrecha con él.

MS: ¿Qué valor le asigna usted a la filosofía de Zubiri?

AC: Yo creo que es muy importante. Zubiri parte de Bergson, quien decía que cada filósofo dice una sola cosa en su vida, y todo lo

que dice durante su vida no es más que el desarrollo de esa idea, de esa intuición germinal, que desarrolla. Yo creo que Xavier tenía una intuición germinal muy importante. Él introduce en la filosofía una nueva idea de la realidad, de qué es lo real. Eso, estimo yo, fue muy importante en el desarrollo de su obra; es el punto de partida y a donde él siempre volvía para abordar los temas.

Xavier fue discípulo de Heidegger, estuvo con él en Friburgo. La filosofía de Heidegger y todos los existencialismos que derivaron de ella partieron de la idea del ser, y eso lo modificó Zubiri. Dijo: no, el punto de partida de la filosofía no es el ser, sino la realidad, de manera que su punto de partida fue totalmente original. Obviamente, ha tenido influencia de otros autores, de otros filósofos, y no sólo de filósofos, sino de científicos. Él, por ejemplo, critica la idea de realidad que tenían los antiguos, sobre todo Aristóteles. Para Aristóteles, la sustancia estaba sostenida por una base que sostenía todas las propiedades que tenía la realidad. Zubiri pensaba que no, que las propiedades eran entre sí concomitantes, coherentes entre sí, y que no necesitaba tener ningún soporte. Yo creo que esa idea la tomó él o le surgió a él de la lectura de Louis de Broglie, el gran creador de la mecánica ondulatoria. Xavier

fue discípulo de de Broglie, premio Nóbel por su descubrimiento de la realidad de la luz. Xavier me contó que de Broglie le dijo: “¡Ah! si yo supiera lo que es un rayo de luz!”. Fue la preocupación de toda su vida. Y creo que esa idea era de de Broglie, porque él tradujo un libro suyo llamado “Materia y Luz” (*Matière Et Lumière*). De manera que la idea fundamental no es un soporte, un sujeto que está debajo de las propiedades, sino un sistema que se sostiene solo a sí mismo, un sistema de propiedades que se sostienen la una a la otra; está en ese libro que tradujo Zubiri. Él tuvo mucha amistad con grandes científicos, no sólo con Einstein, sino también, por ejemplo, con Heisenberg.

Decía Juan David García Bacca que, para él, Heisenberg había dado un paso más allá de Einstein. Consideraba que Einstein era un físico clásico, a pesar de las novedades que había introducido en la física; sin embargo, veía que Heisenberg había dado el paso más allá, por ser el creador o el ideólogo del “principio de incertidumbre”. El “principio de incertidumbre” significa que en la estructura interna del átomo no rigen las leyes que regían fuera del átomo. Fuera del átomo, en el macrocosmos, existe una verdadera previsión de lo que va a ocurrir, cualquier físico puede predecir los eclipses que existirán dentro

de un millón de años. Está todo predeterminado. Para Heisenberg, la predeterminación en el átomo no existía; decía que no se podía conocer al mismo tiempo la posición de una partícula y su velocidad. Había que conocer una de las dos cosas. Es como quien tiene dos agujeros y un solo tapón, si tapa uno tiene que destapar el otro. Eso le da una incertidumbre a la estructura atómica. Conocí a Heisenberg también en la Universidad de Santander y le escuché una conferencia. Yo sabía que no iba a entender porque exige unos conocimientos científico-matemáticos que no tenía, pero quise verlo personalmente. Recuerdo cómo empezó, porque subió a la pizarra y escribió como cinco o seis números: 1, 3... no sé cuánto, y dijo: “estos son los números mágicos”. Porque parece que se llaman así; después Xavier me dijo que sí, en alta matemática y en física teórica se habla de números mágicos. Pero después de eso ya no entendí nada, porque era todo muy difícil. Supongo que entre el público habría matemáticos y físicos que sí podrían entenderlo. Tengo una imagen muy viva de aquel hombre: era alemán, tendría 50 años pero era muy vital, corría de un lado

para el otro e iba de su silla a la pizarra y escribía números. Era un hombre formidable. Estos grandes matemáticos y físicos alemanes fueron muy precoces, y lanzaron sus teorías y sus descubrimientos muy jóvenes. Creo que Einstein, cuando descubrió el fotón, no tenía más de 25 años. ¡Y descubrió el fotón! Heisenberg descubrió su principio de incertidumbre también cuando tenía menos de 30 años. Xavier me contó porque los había conocido.

En la Universidad de Santander, Zubiri hizo de traductor de algunos de estos sabios. La traducción es muy difícil, pues para hacerla hay que entender lo que se dice. Yo fui traductor y renuncié pronto porque me di cuenta de que no se puede traducir lo que no se entiende. El propio Xavier, que para ganarse la vida en una época tuvo que traducir también textos de todas clases, me comentó que uno de sus trabajos más difíciles fue la traducción de un libro sobre el océano Atlántico. Porque el autor de aquel libro hablaba sobre los peces que hay en el Atlántico, y ¿cómo se traducen los nombres de esos peces al español? ¿Quién lo va a saber? Sólo un especialista en peces.